

zados, y los mas jóvenes, en dar el último adios á su juventud y á la vida en libaciones y en cánticos en desprecio de la muerte. Collot de Herbois, fué á visitar por la noche el archivo de aquella cárcel, y oyendo las voces «¿De qué temple es esta juventud, dijo, que canta así su agonía?»

A las diez de la mañana, se formó un batallón delante de la puerta de la cárcel de Roanne, en el muelle del Saona. Aquella puerta de hierro se abrió y dejó libre el paso á los doscientos nueve ciudadanos. El escribano los contaba con la mano al pasar, como si fuesen un rebaño de corderos destinados al consumo del día. Iban atados de dos en dos. Esta larga columna, en la que cada cual reconocía un hijo, un hermano, un pariente, un amigo, ó un vecino, se adelantó con paso firme hácia la casa de ayuntamiento. Los últimos saludos, los abrazos simulados, las miradas afligidas y tiernas y las despedidas mudas, les fueron dirigidas desde las ventanas, desde las puertas y á través de la fila de bayonetas. Algunos jacobinos y varias hordas de mugeres inmundas, apostrofaban á las víctimas y las llenaban de ultrajes, respondiéndoles las víctimas con el acento del desprecio. Varios diálogos salvajes se entablaron durante la marcha entre los presos y el pueblo: «Si hubiésemos hecho justicia el 29 de mayo, decían los presos, de todos los pícaros que merecían la suerte de Chalier, no nos insultaríais ahora,» y á los que se les mostraban compadecidos y con los ojos llenos de lágrimas: ¡No lloreis por nosotros, les decían, por los mártires no se llora!»

La sala de las sesiones era demasiado pequeña para contenerlos, y se les juzgó á cielo descubierto bajo las ventanas de la casa de la ciudad. Los cinco jueces con el traje y con el aparato de sus funciones, aparecieron en un balcón, se hicieron leer la lista de los nombres de los acusados, aparentaron deliberar y pronunciaron la sentencia general: formalidad de muerte que cubría al ase-

sinato en masa, con la hipocresía de un juicio. En vano se oyeron reclamaciones individuales y protestas de patriotismo entre aquellas doscientas víctimas, que ora se dirigían hácia los jueces, ora hácia el pueblo; los jueces inflexibles y sordo el pueblo, no respondieron sino con silencio ó con el desprecio. La columna empujada por los soldados volvió á ponerse en marcha hácia el puente Morand. A la entrada del puente, el oficial que mandaba la escolta, contó los presos para cerciorarse de que ninguno se habia escapado en la marcha, en lugar de doscientos nueve, halló doscientos diez. Eran, segun esto, mas los que habia presentes, que los que habian sido sentenciados. ¿Cuál era el inocente? ¿cuáles eran los culpables? ¿quién iba á morir sin ser juzgado? El oficial conoció el horror de su situación, mandó hacer alto á la columna y dió parte de sus dudas á Collot de Herbois. La solución de aquel escrúpulo exigía un nuevo exámen. Este hubiera dilatado la muerte de los doscientos nueve, el pueblo estaba impaciente y la muerte esperaba. «¿Qué importa una mas? respondió Collot de Herbois, mas vale uno demas, que uno de menos.» Por otra parte, añadió para lavarse las manos de este asesinato, «el que muera hoy, no morirá mañana. ¡Que concluyan!»

El supernumerario del suplicio, era un jacobino acérrimo que lanzaba gritos horribles, protestando en vano contra aquel error.

XIII.

La columna volvió á emprender su marcha cantando:

¡Morir por la patria! etc.

Las estrofas cantadas con voz marcial por aquellos jóvenes, hacían marchar á la columna á compás. Al llegar á los sauces de la calzada estrecha, regada aun con

la sangre del día anterior, se detuvo la columna. Las zanja menos profundas y cubiertas de tierra recientemente removida, atestiguaban que estaban esperando aún nuevos cadáveres. Amarrado á dos sauces había un cable, y á él fueron atados uno á uno los sentenciados por la cuerda que sujetaba los brazos á la espalda. La tropa estaba situada á cuatro pasos de distancia, habiendo tres soldados frente á cada uno de aquellos infelices, y la caballería en pelotones á retaguardia. A la voz de ¡fuego! los novecientos treinta soldados dispararon á la vez tres tiros sobre cada condenado. Una nube de humo envolvió por un momento aquella escena, pero disipándose en seguida, dejó ver al lado de los cadáveres tendidos en el suelo ó suspendidos de la cuerda, mas de cien jóvenes que aun se sostenían en pie: los unos con la vista estraviada, parecían petrificados por el terror, los otros, heridos, suplicaban á sus verdugos que los acabasen de matar, algunos desatados por haber pegado el tiro en la cuerda que los sujetaba al cable, se arrastraban por el suelo ó huían cayendo y tropezando por entre los árboles. Consternados los espectadores, y enternecidos los soldados, miraban á otro lado para dejarlos escapar. Grandmaison, que presidía en aquel día la ejecución, mandó á la caballería que persiguiese á los heridos. Alcanzados por los dragones y despedazados á sablazos, cayeron todos á los pies de los caballos. Uno solo llamado Merle, corregidor de Macon, patriota, pero adicto á la Gironda, consiguió arrastrarse, aunque perdiendo mucha sangre, hasta los cañaverales del pantano. Los dragones que lo perseguían, cambiaron de dirección conmovidos y fingiendo que no le habían visto. El fugitivo siguió corriendo hacia el río, y al ir á arrojarle en un bote, para entrar sin ser notado en la ciudad, un grupo de jacobinos inhumanos, lo reconoció por la sangre que vertía de sus heridas, y lo arrojó vivo en el Ródano: este desgraciado sufrió la doble muerte del agua y del fuego.

Los soldados acabaron con repugnancia á culatazos y con las bayonetas las víctimas espirantes que estaban en la calzada. La noche que iba acercándose ahogó sus últimos gemidos. A la mañana siguiente fueron á enterrar los cadáveres, y aun hallaron vivos á algunos de aquellos hombres. Varios sobrevivieron á los golpes que habían recibido, y los trabajadores concluyeron de matarlos con las azadas antes de cubrirlos con el barro sangriento del foso. «Hemos reanimado, escribía aquella tarde Collot de Herbois á la Convencion, la acción de una justicia republicana, es decir, pronta y terrible como la voluntad del pueblo: esta debe herir como el rayo y no dejar mas que cenizas.» La revolucion había encontrado sus Atilas.

XIV.

Montbrison, Saint-Etienne y Saint Chamond, todas estas colonias lionesas, eran teatro de iguales atrocidades, y no les faltaban víctimas que sacrificar. El representante del pueblo Javogues, había establecido la guillotina en Feurs. Un tribunal revolucionario dirigido por él, imprimía al instrumento del suplicio la misma actividad que en Lyon. Las provincias riberanas del Alto Loira, se habían deshecho de toda la sangre aristócrata, federalista ó realista que en ellas había y que la guillotina hacía correr á torrentes. Esta como en Lyon pareció demasiado lenta. El fuego del rayo reemplazó al arma blanca del suplicio. El magnífico paseo de Tilos de la avenida del castillo del Rosal, sitio de recreo en todas las fiestas de la ciudad de Feurs, se convirtió en lugar de ejecución como los sauces fúnebres de Brotteaux. Se llegó á fusilar allí hasta veinte y dos personas por día. La misma impaciencia de muerte parecía poseer á los verdugos y las víctimas: los unos tenían el frenesí del

asesinato y los otros un entusiasmo indefinible por morir. El horror de vivir había estinguido el que causa naturalmente la muerte. Los jóvenes y los niños pedían que se les permitiese acompañar á sus padres ó á sus parientes al sepulcro y ser fusilados con ellos. Todos los días tenían que negar los jueces aquellas peticiones de la desesperacion que imploraban el suplicio, para evitar otra mas cruel, cual era el vivir en medio de tantos horrores. La barbarie de los procónsules no aguardaba á que hubiese crimen, lo prejuizaba por el nombre, por la educacion ó por el rango. Hería por los crímenes futuros, adelantándose á los años, sacrificaba á la infancia por las ocupaciones que pudiera tener con el tiempo, á la vejez por sus opiniones anteriores, y á las mugeres por el delito de su ternura ó de sus lágrimas. El luto estaba prohibido como en tiempo de Tiberio; muchos fueron suplicados por haber manifestado tristeza en su semblante ó por haberse vestido de negro. Los sentimientos de la naturaleza, llegaron á ser un motivo de acusacion. Para ser puro era necesario haberla repudiado; todas las virtudes estaban en sentido inverso de como las había comprendido hasta entonces la humanidad. El jacobinismo de los procónsules de Lyon había trastornado los instintos de los hombres; el falso patriotismo había destruido la humanidad. Varios rasgos sublimes y patéticos brillaron, sin embargo, en aquellas saturnales de la venganza. El alma se elevó á la altura de aquellos dramas y el heroismo resplandeció en todas las edades y en todos los sexos. El amor desafió á los verdugos y reveló tesoros de ternura y de magnanimidad.

XV.

El joven Dutailon, de edad de quince años, conducido á la muerte con su familia, se regocijó al pie del

cadalso al considerar que con solo un hachazo iba á reunirse con su padre. «¡Me guarda un sitio allá arriba, no le hagamos esperar!» dijo este niño al verdugo para que se apresurase á concluir con su vida.

Un hijo de Mr. de Rochefort fué conducido con su padre y tres parientes mas al paseo del Rosal en Feurs para ser fusilado. El piquete hizo fuego y solo tres sentenciados cayeron. El niño quedó ileso, porque enternecidos los soldados no dirigieron hácia él la puntería. «¡Perdon! ¡perdon! exclamaron conmovidos los espectadores, no tiene aun diez y seis años y podrá ser un buen ciudadano.» Los ejecutores dudaban y Javogues prometió salvarlo. «No, no, no quiero vuestro perdon; ni tener que deberos la vida á vosotros, exclamó el niño abrazando el cuerpo sangriento de su padre. ¡Yo quiero morir! ¡Yo soy realista! ¡Viva el rey!»

La hija de un menestral, joven de una belleza estremada, fué acusada de no haber querido ponerse la escarapela republicana. «¿Por qué te obstinas, la dijo el presidente, en no querer llevar el signo redentor del pueblo?—Porque vos lo llevais,» respondió la joven. El presidente Parrain, admirando tanto valor y avergonzado de enviar una hermosa criatura al cadalso, hizo señas á un carcelero que estaba detrás de la acusada, para que pudiese una escarapela en su cabeza; pero ella habiendo visto la seña se arrancó la escarapela con indignacion, la pisoteó y marchó á la muerte.

Otra joven que á impulsos de la metralla había perdido el día anterior todo lo que le apegaba á la vida, atravesó la multitud para ir á arrodillarse al pie del tribunal y suplicó á los jueces que la condenasen. «Habeis muerto á mi padre, á mis hermanos y á mi prometido, esclamó, no tengo ya familia, ni amor, ni destino en la tierra, ¡quiero morir! ¡La religion me prohíbe darme la muerte por mi mano, matadme!»

Un preso joven llamado Couchoux, sentenciado á mo-

rir al día siguiente con su padre, de edad de ochenta años y privado del uso de las piernas, fué arrojado para esperar la hora del cadalso en los sótanos de la casa de la ciudad. Durante la noche descubrió el medio de poderse escapar por una cloaca que iba á desaguar en el albeo del río. Seguro de la salida, se volvió á buscar á su padre. El anciano hizo inútiles esfuerzos para sostenerse, pero sucumbió á mitad de camino y suplicó á su hijo que se salvase, abandonándolo á su suerte. «¡No, dijo el jóven, viviremos ó moriremos juntos!» Cargóse entonces con su padre, y arrastrándose por el subterráneo huyó á favor de la oscuridad, hasta dar con un hote á la orilla del Ródano, y consiguió salvarse en él á una con el autor de sus dias.

Una muger de veinte y siete años, á quien el amor habia exaltado hasta el heroísmo durante el sitio, y que habia combatido con la intrepidez de un soldado, llamada madama Cochet, arengó al pueblo desde la carreta que la conducia al suplicio: «¡Sois unos cobardes, les dijo, en matar á una muger que ha cumplido con su deber combatiendo por defenderos de la opresion! No es la vida la que siento, sino el hijo que llevo en mi seno, ¡el inocente participará de mi suplicio! ¡Mónstruos, añadió, mostrando con la mano su seno que atestiguaba su estado de preñada, no habeis querido esperar algunos dias temiendo que yo pariese un vengador de la libertad!» El pueblo conmovido tanto por el estado en que se hallaba aquella heroína, como por su juventud y su belleza, la seguia en silencio. Un grito unánime de ¡perdon! salió de la multitud, pero el chirrido de la cuchilla que cortaba dos vidas á la vez interrumpió el tardío clamor del pueblo. Cuarenta y cinco cabezas fueron aquel dia transportadas en el carreton del ejecutor. Para sofocar aquellos movimientos compasivos de la multitud, los procónsules habian reclutado algunos hombres asalariados, que colocados en las ventanas de la plaza aplaudian cada vez

que caia la cuchilla, del mismo modo que puede aplaudirse en un teatro un buen actor.

XVI.

Una jóven de diez y siete años, de una hermosura varonil, y que recordaba á Carlota Corday, habia combatido con sus hermanos y con su prometido en las filas de los artilleros lioneses. La ciudad entera admiró su intrepidez, y Precy la citaba como ejemplo á sus soldados. Tan valiente como modesta, no manifestaba esteriormente su heroísmo sino en el fuego. Era soltera, y se llamaba Maria Adrian. «¿Cuál es tu nombre? la preguntó el juez admirado de su juventud y ofuscado por sus encantos. — Maria, respondió la jóven acusada, el nombre de la Madre de Dios, por quien voy á morir. — ¿Tú edad? — Diez y siete años, la edad de Carlota Corday. — ¿Cómo has podido á tu edad manejar el cañon contra tu patria? — Para defenderla. — ¡Ciudadana, la dijo uno de los jueces, admiramos tu valor! ¿Qué harias si te concediésemos la vida? — Os atravesaria con un puñal por verdugos de mi patria, respondió irguiendo la cabeza.» En seguida subió en silencio y con los ojos bajos los escalones del cadalso, mas intimidada por las miradas de la multitud que por la muerte. Rehusó la mano que la ofrecia el verdugo para que no tropezase al subir y gritó dos veces: «¡Viva el rey!» Al despojarla de sus vestidos el verdugo encontró en su pecho, un billete escrito con sangre; era la despedida de su prometido ametrallado algunos dias antes en Lyon. «*Broteaur*: Mañana á esta misma hora, le decia á su prometida, no existiré. No quiero morir sin decirte por última vez, que te amo: aunque me ofreciesen el perdon por decir lo contrario, lo rehusaria. No tengo tinta y me he abierto una vena para escribirte con mi sangre: qui-

siera confundirla con la tuya por toda una eternidad. Adios mi amada María. No flores para que los ángeles te encuentren tan hermosa como yo en el cielo. Voy á esperarte: ¡no tardes mucho!» Los dos amantes no estuvieron separados sino algunas horas. El pueblo supo admirar, pero no quiso conceder el perdón.

Los suplicios en masa no cesaron hasta que se conoció el disgusto de los soldados, indignados de verse convertidos en verdugos. Los suplicios individuales se multiplicaron hasta el extremo de mellar las cuchillas y cansar á los ejecutores. «¿Tienes necesidad de un verdugo mas activo? escribia el jacobino Achard á Collot de Herbois, yo me ofrezco á serlo.» Los cuerpos insepultos apilados en las orillas del Ródano, les infestaban é infundian temores de peste. Las ciudades y las poblaciones del litoral se quejaron á la Convencion de la fetidez del ambiente y de la suciedad del agua que bajaba de Lyon. Los jacobinos y los representantes estaban sordos, y reanimaban su furor en los banquetes patrióticos. Dörfeuille, Achard, Grandmaison, los jueces, los administradores y sus satélites, brindaban por la rapidez de la muerte y por la energia del verdugo. Parodiando la cena de Jesucristo, se pasaban de mano en mano una copa llena de vino, animándose mutuamente á apurarla. «Esta es la copa de la igualdad, dijo Grandmaison, hé aqui la sangre de los reyes, tomad y bebed.—¡Republicanos, repuso Dörfeuille, este banquete es digno del pueblo soberano. Reunámonos, administradores, estado mayor, miembros de los tribunales y honorarios públicos, cada decáda para beber juntos en un mismo cáliz la sangre de los reyes!»

Llamado á París Collot de Herbois por los primeros rumores de la indignacion del pueblo contra estos asesinatos en masa, se justificó en los Jacobinos: «Se nos llama antropófagos, les decia, los aristócratas son los que hablan asi. ¡Se examina con cuidado el modo de morir

de los contrarrevolucionarios! ¡Se esparce la voz que no mueren del primer golpe! Pregunto yo ahora, ¿cuántos recibió Chalier? La gota mas pequeña de la sangre de un patriota cae sobre el corazon, pero no tengo compasion de los conspiradores. Hemos cañoneado doscientos á la vez, y de esto se nos ha hecho un crimen, ¿Ignoran los que esto dicen, que no es sino una prueba de insensibilidad? ¡El rayo popular los hirió, sin dejar de ellos mas que la nada y las cenizas!» Los jacobinos le aplaudieron este feroz discurso.

Fouché, que permaneció en Lyon, para continuar la epuracion del Mediodía, escribia á Collot de Herbois, para felicitarle con él de su comun triunfo. «Y nosotros tambien combatimos á los enemigos de la república de Tolon, ofreciendo á sus miradas miles de cadáveres de sus cómplices. Aniquilemos de un solo golpe en nuestra ira á todos los rebeldes, á todos los conspiradores y á todos los traidores. ¡Ejercemos la justicia á ejemplo de la naturaleza! ¡Venguémosnos como pueblo! Hiramnos como el rayo, y que la ceniza misma de nuestros enemigos, desaparezca del suelo de la libertad! ¡Que la república no sea mas que un volcan! Adios, amigo mio: lágrimas de alegria corren por mis ojos é inundan mi alma. No tenemos mas que un modo de celebrar nuestras victorias; esta tarde embiaremos doscientos trece rebeldes á que sufran el fuego del rayo.»

Sin embargo, aun en el mismo Lyon, algunas almas republicanas osaron respirar libremente la humanidad, deshonrar el crimen y acusar á los verdugos. Varios ciudadanos, nada sospechosos, se dirigieron á Robespierre, como al moderador de la república. Se sabia por la correspondencia de Couthon con algunos patriotas de Lyon, que Robespierre se indignaba en la comision de salud pública, de las proscripciones de Collot de Herbois y de Fouché, y de la destruccion de la segunda ciudad de Francia. «Estos Marios de teatro, decia en su intimidad en

casa de Duplay aludiendo al oficio de procónsul, no reinarán dentro de poco, sino sobre ruinas.» Fouché en sus cartas á Duplay, se esforzaba por engañar á Robespierre, y le presentaba á Lyon como una contrarrevolucion permanente. En toda la república se conocían las discusiones secretas que fermentaban ya en la comision de salud pública, entre el partido de Robespierre y Collot de Herbois; y que los unos buscaban en la revolucion un orden social bajo las ruinas, y los otros no buscaban en ellas sino rapiñas y venganzas. Algunos republicanos del partido de Robespierre, se reunieron misteriosamente en Lyon, esperando el menor sintoma de variacion en la opinion pública. Uno de ellos, llamado Gillet, se atrevió á firmar una carta escrita con consentimiento de todos. «Ciudadano representante, decia en esta carta dirigida á Robespierre, he habitado los sótanos y las catacumbas, he sufrido el hambre y la sed durante el sitio de mi patria; si este hubiese durado uno ó dos dias mas, hubiera perecido víctima de mi adhesion á la causa de la Convencion, que es, á mi modo de ver, el centro de union de todos los buenos ciudadanos. Por lo tanto, tengo derecho de hablar en el dia de justicia y de moderacion en favor de mis enemigos. Los que aqui intentan la libertad de cultos, son ahora los verdaderos culpables. Apresúrate, ciudadano, á hacer espedir un decreto que los condene á muerte, y que purguen de este modo la tierra de la libertad. El mal es grande, la llaga profunda; es necesario una mano violenta y pronta. Nuestros campos son víctimas del estupor. Los labradores siembran con la certeza de no coger el fruto de sus afanes. El rico oculta su oro, y no se atreve á hacer trabajar al indigente. Todo el comercio está paralizado. Las mugeres ahogan el instinto de la naturaleza, maldiciendo el dia en que van á ser madres. El moribundo llama á su pastor para oír de su boca una palabra de consuelo y de esperanza, y el pastor se ve amenazado con la guillotina

si va á confesar á su hermano. Las iglesias, han sido devastadas, los altares destruidos por unos malvados que pretenden marchar en nombre de la ley, cuando en realidad no marchan sino por orden de otros tan malvados como ellos. ¡Gran Dios, á qué tiempo hemos llegado! Todos los buenos ciudadanos, ó casi todos, bendicen la revolucion, y todos maldicen y lloran la tiranía. La crisis es tal, que estamos en visperas de las mas grandes desgracias. La esplosion de la mina que se carga en estas comarcas, esterminará acaso la Convencion entera, si no te apresuras á inutilizarla!... Medita, Robespierre, estas verdades que me atrevo á firmar, aunque me cueste la vida el haberlas escrito.»

XVII.

Aquellos remordimientos de los republicanos puros se ahogaban en Paris por los gritos dementes del partido de Hebert, de Chaumette y de Collot de Herbois. Robespierre, Couthon y Saint-Just, que no se atrevían á atacar aun á aquel partido, callaban esperando que la indignacion pública estuviese bastante sublevada, para arrojarla sobre los terroristas. Pero mientras que las cenizas de Lyon se anegaban en torrentes de sangre, el incendio de la guerra civil prendió en Tolon.

Tolon, puerto el mas importante de la república y ciudad ardiente y móvil como el sol, y el mar de Mediodia, habia pasado rápidamente desde el exceso del jacobinismo al abatimiento y al disgusto por la revolucion. Imitando los movimientos de Marsella cuando los sucesos del 10 de agosto, Tolon habia lanzado contra Paris la flor de su juventud mezclada con la hez de su poblacion. La Provenza habia llevado su ardimiento á Paris, pero la misma fogosidad que habia hecho tan terribles á los pro-

venzales contra el trono de Luis XVI, los hacía incapaces de someterse por mucho tiempo al yugo de una república central y uniforme, como lo que Robespierre, Danton, los franciscanos y los jacobinos querían fundar. Aquellas antiguas colonias fundadas por los focios y griegos en las playas de la Provenza, habían conservado algo de la perpétua agitacion y de la insubordinacion de las playas de donde eran originarias. El espectáculo del mar hacía á los hombres mas libres y mas indomables, porque ver continuamente la imagen de la libertad en sus olas y su alma contrae la independencía de aquel elemento.

Los toloneses, así como los de Burdeos y Marsella, propendían hácia el federalismo de la Gironda. El trato frecuente con los oficiales de la armada, casi todos realistas, el dominio del clero, casi omnipotente sobre las imaginaciones del Mediodía, los ultrajes y los martirios que sufría la religion bajo el reinado de los jacobinos, la indignacion contra los excesos revolucionarios que el ejército de Carteaux había cometido en Marsella, y aquella gran escision, en fin, de una república que se deshacía en facciones y que degollaba á sus fundadores, todo esto provocaba á Tolon á insurreccionarse.

XVIII.

La escuadra inglesa al mando del almirante Hood, cruzaba en el Mediterráneo, y mantenía aquellas disposiciones hostiles por medio de correspondencias secretas con los realistas de Tolon. La escuadra se componía de veinte navíos de línea y cinco fragatas. El almirante Hood se presentó á los toloneses como aliado y como libertador, mas bien que como enemigo, prometiéndoles conservar la ciudad, el puerto y la escuadra, no

como conquista sino como un depósito que entregaría al sucesor de Luis XVI, tan pronto como la Francia hubiese ahogado á los tiranos que la oprimían. La opinion de los toloneses pasó, con la rapidez del viento, del jacobinismo al federalismo, de éste al realismo, y del realismo á la defeccion. Ocho mil fugitivos de Marsella, apinados en Tolon por el terror de las venganzas de la república, lo inespugnable de sus muros, las baterías de sus buques, la presencia de las escuadras española é inglesa combinadas y dispuestas á proteger la insurreccion, hicieron concebir á los toloneses, la idea de aquel crimen contra la patria.

De los dos almirantes que mandaban la escuadra francesa en el puerto de Tolon, el uno, que era el almirante Trogoff, conspiraba con los realistas, y el otro, llamado Saint-Julien, se esforzaba por inspirar el republicanismo en sus tripulaciones. Dividida de este modo la opinion, la escuadra se neutralizaba por la contrariedad de sus tendencias y no podía hacer otra cosa fraccionándose, que seguir el movimiento que la imprimiese el partido vencedor. Situada entre una ciudad sublevada y un mar bloqueado, debía quedar forzosamente destrozada, ó por el cañon de los fuertes, ó por el de los ingleses, ó por ambos á la vez. La poblacion de Tolon, en que fermentaban á la vez tantos elementos combinados, se sublevó á la aproximacion de la vanguardia de Carteaux con una unanimidad que excluía hasta la idea del remordimiento. Hizo cerrar el club de los jacobinos, sacrificó á sus gefes, encarceló á los representantes del pueblo, Bayle y Beauvais, comisionados en aquel punto, y llamó en su ayuda á los ingleses, á los españoles y á los napolitanos.

Al aspecto de las escuadras enemigas, el representante Beauvais se suicidó en la cárcel. La escuadra francesa, á escepcion de algunos navíos que el almirante Saint-Julien mantuvo algunos dias en su deber, arboló bandera blanca. Los toloneses, los ingleses y los napolí-

tanos, reunidos en número de quince mil hombres, artillaron los fuertes y las avenidas de la plaza contra las tropas de la república. Carteaux, saliendo de Marsella á la cabeza de cuatro mil hombres, rechazó á la vanguardia enemiga de las gargantas de Ollioules, y el general Lapoype, que se destacó del ejército de Niza con siete mil hombres, embistió á Tolon por el lado opuesto. Los representantes del pueblo, Freron, Barrás, Ricord, Salicetti, Robespierre el joven, y Gasparin, vigilaron y dirigieron las operaciones, y combatieron todo á la vez. El escaso número de republicanos, el espacio inmenso que tenían que ocupar para circunvalar las montañas que están tocando con Tolon, los fuegos de los fuertes que protegían desde lo alto aquel anfiteatro y la inesperancia de los generales, dilataron por mucho tiempo los ataques é hicieron temblar á la Convencion, que se contempló perdida si dejaba aquella traicion impune. Tan pronto como Lyon dejó tropas á disposicion de la comision de salud pública, Carnot se apresuró á lanzarlas sobre Tolon al mando del general Dopet, vencedor de Lyon. Freron y Barrás estaban resueltos á arruinar á Tolon aunque tuviesen que destruir la marina y los arsenales.

Un capitán de artillería, enviado por Carnot al ejército de los Alpes, fué detenido á su paso para reemplazar en el ejército sitiador al comandante de artillería Dommartin, que habia sido herido en el ataque de Ollioules. Aquel joven oficial era Napoleon Bonaparte. La fortuna le salió allí al encuentro. En pocas palabras y en pocos dias hizo brillar su genio y fué el alma de las operaciones. Predestinado á hacer prevalecer la fuerza sobre la opinion y el ejército sobre el pueblo, se le vió aparecer por primera vez envuelto en el humo de una bateria, peleando á un mismo tiempo contra la anarquía en Tolon y contra los enemigos en el puerto. Su porvenir estaba en aquella actitud: ¡genio militar que despuntó en el fuego de una guerra civil para apoderar-

se del soldado, ilustrar la espada, ahogar la palabra, extinguir la revolucion y hacer retrogradar á la libertad un siglo! ¡Gloria inmensa, pero funesta, que la posteridad no juzgará como lo han hecho los contemporáneos!

XIX.

Dugommier habia reemplazado á Carteaux. Aquel reunió un consejo de guerra al cual asistió Bonaparte: este joven capitán, que habia sido promovido al grado de comandante de batallon, reorganizó la artillería, aproximó las baterías á la plaza, conoció de una ojeada el punto vulnerable de la posicion que debía batir, y marchó al objeto principal sin hacer caso de todo lo demas. El general inglés O'Hara hizo una salida desde el fuerte Malbosquet con seis mil hombres, pero cayó en una emboscada dirigida por Bonaparte, y fué herido y hecho prisionero. El fuerte Mulgrave fué atacado por dos columnas, á pesar de las órdenes de los representantes. Bonaparte y Dugommier entraron los primeros por la brecha, y la victoria les justificó. «General, dijo Bonaparte á Dugommier, que estaba cargado de años y de fatigas, idos á descansar, porque acabamos de tomar á Tolon.» El almirante Hood vió al amanecer las baterías francesas, apuntadas contra todas las cuestas y dispuestas á batir el puerto. El viento del otoño rugía, el cielo se nublaba, el mar estaba alborotado, y todo anunciaba que los próximos temporales del invierno iban á cerrar la salida del puerto á los ingleses.

A la caída del dia, algunas chalupas enemigas remolcaron al brulote *Vulcano* hasta el centro de la escuadra francesa. Una cantidad inmensa de materias combustibles fueron amontonadas en los almacenes, en los astilleros y en los arsenales. Varios oficiales ingleses espe-

raban la señal del incendio con el lanza-fuego en la mano. Dan las diez en el reloj del puerto y del centro de la ciudad sale un cohete que se eleva y cae echando chispas, esta era la señal: y los lanza-fuegos se dirigen á los regueros de pólvora. El arsenal, los establecimientos, los repuestos marítimos, las maderas de construcción, el alquitran, los cañamos, los armamentos de aquella escuadra y de aquel depósito naval, son consumidos en pocas horas. Aquel horno inmenso en donde quedó reducida á cenizas la mitad de la marina francesa, alumbró por toda una noche las olas del Mediterráneo, las faldas de las montañas, los campamentos de los representantes y los navíos ingleses. Los habitantes de Tolon, que iban á ser abandonados dentro de pocas horas á la venganza de los republicanos erraban por los muelles. El silencio que el horror del incendio causó en los dos campos, no fué interrumpido sino por la esplosion de los almacenes de pólvora y la de diez navíos y quince fragatas, que lanzaban sus cascos y sus cañones al aire antes de hundirse en las aguas. Los rumores de la salida de las escuadras combinadas y de la rendicion de la plaza, se habian esparecido por la poblacion. Doce mil personas, entre toloneses y marselleses refugiados, hombres, mugeres, niños, ancianos, heridos y enfermos, salieron de sus moradas y se apiñaron en la playa, disputándose el sitio en las embarcaciones, que los trasportaban á los navíos ingleses, españoles y napolitanos. Un mar alborotado y las llamas que corrian entre las olas, hacian el trasporte de los fugitivos mas peligroso y mas lento. A cada instante los peligros de un bote que se iba á pique y los cadáveres que el oleage arrojaba á la costa, desanimaba á los marineros. Los restos incendiados del arsenal y de la escuadra, llovían sobre aquella multitud y aplastaban filas enteras. Una batería del ejército sitiador barria con sus balas y granadas el puerto y el muelle. Separados en aquella confusion los individuos de

una misma familia se buscaban, se llamaban á gritos en medio de aquel laberinto de voces y de aquel oleage de la multitud. Las mugeres perdian á sus maridos, las hijas á sus madres, y las madres á sus hijos. Algunos cuyos parientes estaban ya embarcados, pero que los erian aun en la ciudad, rehusaban entrar en los botes, se arrastraban por el suelo desesperados, en la playa, ó se venian á tierra, no queriendo huir sin los seres que amaban, otros se sacrificaban y se precipitaban á la mar para aligerar las chalupas, demasiado cargadas, salvando con un suicidio á sus hijos, madres ó mugeres. Dramas patéticos y terribles tuvieron lugar en el horror de esta noche fatal, que recordaba aquellas generaciones de las poblaciones antiguas del Asia menor ó de la Grecia, abandonando en masa su patria, llevando consigo sus riquezas y sus dioses á la luz del incendio de sus ciudades. Cerca de siete mil habitantes de Tolon, sin contar los oficiales y tripulaciones de la escuadra, recibieron un asilo en los buques ingleses y españoles. El crimen de haber entregado las playas y las armas de la Francia á los extranjeros y el de haber arbolado el pabellon real, era imperdonable. Desde el medio de las olas dieron el último adiós á las colinas de la Provenza, iluminadas por las llamas que devoraban sus hogares y sus olivos. En este momento terrible la esplosion de dos fragatas que contenian miles de barriles de pólvora y que los españoles se habian olvidado de echar á pique, fué á caer como un volcan sobre la ciudad y sobre el mar. Formidable despedida en la cual la guerra civil hizo llover fuego sobre los vencidos y sobre los vencedores.

Al siguiente dia los ingleses levaron anclas, llevándose los navíos que no pudieron incendiar, y se hicieron á la vela. Los refugiados de Tolon fueron trasportados casi todos á Liorna, y la mayor parte se establecieron en Toscana; sus familias aun subsisten allí, como lo atestiguan los muchos apellidos franceses que se encuentran

entre los naturales de las colinas de Liorna, de Florencia y de Pisa.

XX.

El 20 de diciembre de 1793, los representantes entraron en Tolon á la cabeza del ejército republicano. Dugommier, mostrando la ciudad reducida á cenizas y las casas casi vacías de habitantes, suplicó á los convencionales que se contentasen con la venganza tomada, y que supusiesen generosamente que todos los culpables se habían desterrado, librando á los demas. Los representantes no tuvieron en cuenta la magnanimidad del auciario general, porque no estaban encargados únicamente de vencer, sino tambien de infundir terror. La guillotina entró en Tolon con la artillería del ejército, derramándose aquí tanta sangre como se había derramado en Lyon. La Convencion decretó que el nombre de aquella ciudad de traidores fuese borrado del padron general de la Francia. «¡Que las bombas y la mina, dijo Barrere, destruyan las habitaciones de todos los comerciantes de Tolon, y que sobre el sitio que ocupaba no quede mas que un puerto militar, habitado solamente por los defensores de la república!



LIBRO CINCUENTA Y UNO.

Continúan las ejecuciones en Paris. — Madama Roland en la cárcel. — Escribe sus memorias. — Su carta á Robespierre. — Su causa. — Su sentencia. — Su muerte. — Suicidio de Roland.

I.

Aquellos combates, igualmente heroicos y atroces entre la república y sus enemigos, en los campos de batalla y en el suplicio, no habían interrumpido las ejecuciones en Paris ni en las provincias. Desde la muerte de los girondinos parecia que la guillotina se había elevado al rango de una institución que no cesaba de devorar víctimas; estas víctimas las tomaba en todos los partidos que la revolución dejaba en pos de sí ó que encontraba en su marcha. Algunos demagogos sanguinarios, de la municipalidad y de la Montaña, pidieron que se construyese el instrumento de muerte de piedra labrada, y se colocase en la plaza de la Concordia frente á las Tullerías. Según ellos, debía ser la guillotina un edificio público y nacional que atestiguase á todos y siempre, que la vigilancia del pueblo era permanente, y eterna su venganza.

Atento el tribunal revolucionario á la menor señal de

CAPITULA ALFONSO NA
BIBLIOTECA POPULAR